

C·VI





Capítulo VI

La fábrica de masmelos mágicos⁶

Riesgo químico - Líquidos

En un lugar muy lejano, existía una fábrica de masmelos mágicos. Estaba rodeada de árboles y plantas con muchas flores. Cerca de allí, había un hermoso pueblo con casas muy coloridas donde vivían familias de conejos, ardillas y aves.

Estos animales trabajaban en la fábrica haciendo las deliciosas golosinas. Arturo, un conejo de pelo brillante; hermoso y alegre, junto con sus grandiosos amigos, trabajaban todos los días con mucho amor y dedicación, elaborando masmelos mágicos de colores rojos, morados, violetas, azules, verdes y amarillos como el arcoíris; con sabores a chicle, fresas, mandarina y mora, que se derretían en la boca.

Las ardillas trabajaban con mucho esfuerzo en la receta, mientras las aves eran las encargadas de llevar los masmelos mágicos a cada una de las casas de los habitantes del pueblo, ya que hacían muy felices a los animales, se hacían muchos durante todo el día. Como costumbre, cada vez que las comían, saltaban de la felicidad porque su corazón se llenaba de alegría y sentían muchas cosquillas en su estómago. Todos compartían la hora de los masmelos mágicos, jugaban, cantaban, charlaban y disfrutaban de esos momentos.

6. Cuento resultado del trabajo del grupo de investigación Calidad de Vida, Salud y Seguridad Laboral del Politécnico Granacolombiano con sus proyectos: Innovación en la gestión empresarial, el trabajo digno y decente en el marco de la Seguridad y Salud Laboral; consultoría GSSL 2022-2023; código IACI2022-FSCC-CVSSL-87389; y Prevención de riesgos laborales en ambientes de trabajo y sus complejidades en las ciencias del trabajo para trabajadores y futuros trabajadores; código IA2024_CVSSL_PEC_06-87418.

Un día, Deasy, una de las ardillas más jóvenes que trabajaba en la fábrica, se sentó a llorar en el parque. Clarita, su hermana menor, se acercó y le preguntó:

—¿Qué te pasa hermanita? ¿por qué estás llorando?

Deasy, muy triste, le contó:

—Hay un ratón muy malo, se llama Richi, quiere destruir la fábrica y todos sus alrededores para construir edificios y un centro comercial. Si lo hace, nos tocará huir de aquí, en donde somos tan felices.

Clarita abrazó fuertemente a su hermana y le dijo:

—Voy a pensar en una idea para que no destruyan nuestro hogar, este lugar lleno de recuerdos.

Clarita corrió de inmediato donde sus amiguitos y les dijo que tenían que reunirse de manera urgente en el centro del parque. Cuando se agruparon, ella les contó lo que estaba pasando y les pidió ayuda para crear un plan y así, evitar la destrucción. Pablo, el hijo mayor del conejo Arturo, dijo:

—Lo mejor es hablar con nuestros padres. Ellos son adultos y sabrán qué hacer.

Pero los demás no estuvieron de acuerdo, así que siguieron pensando en qué hacer.

De repente, llegó Helena, mamá de Pablo. Una conejita muy elegante, con orejas largas y sedosas. Se acercó y les preguntó extrañada:

—¿Qué hacen todos aquí?

Ellos, muy nerviosos, dijeron:

—Estamos inventando un juego nuevo.

Helena, muy amorosa se despidió deseándoles buena suerte con su divertido propósito. Por supuesto, eso era una mentira y Pablo no estaba de acuerdo. Por lo que se fue a su casa junto con su Mamá, para no seguir escuchando lo que los demás planeaban.

Después de estar reunidos un par de horas más, el grupo ya tenía un plan: entrar esa noche a la fábrica y preparar una trampa para el malvado Richi. La idea era llenarlo de pies a cabeza con la mezcla de los masmelos hasta lograr que no se moviera, para así poder amarrar sus patas y que no pudiera hacer nada en contra de ellos y de la fábrica. Para dicho plan, era necesaria la ayuda de Pablo. Clarita fue corriendo a buscarlo a casa, le contó lo planeado y le dijo:

—Todo lo vamos a hacer para ayudar a nuestros padres.

Ella le insistió tanto, que, al cabo de un rato, logró convencerlo de prestar su apoyo.

Lo primero que hicieron Clarita y sus amigos fue enviarle una carta a Richi, citándolo en la fábrica. Regresaron con sus padres y después de la cena, fingieron ir a dormir y esperaron a que todos estuvieran distraídos para salir de inmediato; sin que nadie los viera, escaparon de sus casas. Ya como un equipo, entraron sin ningún problema a la fábrica porque, aunque Pablo seguía sin estar de acuerdo, accedió a tomar las llaves de la fábrica que estaban en la chaqueta de su papá.

Al interior estaba oscuro, por lo que, iluminando su camino con lámparas, pisaron cautelosos. Abrieron muchas puertas hasta llegar al centro de la fábrica, donde estaban todas las máquinas.

No conocían la receta secreta ni dónde estaban ubicados los ingredientes, así que empezaron a explorar por todos lados, haciendo desorden con todo lo que se encontraban a su paso. Había muchos frascos de

diferentes colores, pero ninguno tenía nombre. Aun así, los tomaron y llevaron a cabo su “grandiosa idea”.

Los pequeños estaban muy emocionados; al parecer, todo estaba saliendo bien. En ese momento, Matías, uno de los amigos de Clarita, quien era el encargado de revolver la mezcla, empezó a gritar y a llorar:

—¡Mis manos me duelen y me arden! ¡Mis ojos también!

Todos se asustaron. Pablo pensó con rapidez y llamó a su papá, quien de inmediato atendió la llamada. Al escuchar lo que le contaba su hijo, salió apresurado hacia la fábrica junto con su esposa, Helena. Al llegar y ver al pequeño niño ardilla llorando, intentaron calmarlo:

—Tranquilo, Matías, estarás bien —le dijeron.

Luego le lavaron las manos y le pusieron abundante agua en los ojos. En ese momento, Arturo observó en el piso unas manchas y descubrió cuál era el líquido que derramó Matías. Con mucha prisa, lo llevaron al hospital junto con el frasco que contenía el líquido que le salpicó.

Al llegar, Arturo relató al doctor Palomo lo sucedido:

—Doctor, mi hijo y sus amigos estaban en la fábrica y uno de ellos se derramó este líquido en las manos y en los ojos.

El doctor Palomo examinó a la pequeña ardilla y les preguntó a los papás conejos:

—¿Qué hicieron cuando llegaron al sitio del accidente?

A lo que Arturo respondió:

—De inmediato, junto con mi esposa, le lavamos las manos y dejamos que en sus ojos cayera mucha agua.



Ilustración: Lucía González Lizarazo

—Hicieron lo correcto —dijo el doctor Palomo—. Gracias a esa excelente reacción, Matías no sufrirá ningún daño grave, pero deben tener más cuidado con el manejo de todos los líquidos que haya en la fábrica.

El doctor Palomo dio cinco días de descanso a Matías. Sus padres lo regañaron por todo lo que pasó y sobre todo por haber cogido sin permiso esos frascos sin supervisión de un adulto, aunque también lo consintieron mucho con chocolates, juegos y, por supuesto, con los deliciosos masmelos mágicos, para que se aliviara pronto.

Obviamente, Arturo quedó bastante preocupado por todo lo sucedido dentro de la fábrica. Reunió a todas las ardillas pequeñas para que le explicaran por qué habían entrado sin autorización. Las ardillas le contaron sobre el plan malvado de Richi. Arturo comprendió sus motivos, pero les manifestó:

—Ese plan era demasiado peligroso. No deben jugar con cosas que no conocen.

Al día siguiente, el conejo Arturo estaba sentado en la sala de su casa, pensando. Decidió invitar a Richi a su hogar para contarle la historia de la fábrica y por qué los masmelos mágicos hacían felices a todos. Cuando Richi llegó a la casa de Arturo, este le ofreció un masmelo. En ese momento, el corazón frío y amargado de Richi se llenó de felicidad y amor. Sintió que debía dejar de molestar a los habitantes del pueblo, y apoyar a Arturo en la elaboración de esas mágicas golosinas.

Días después, Richi y Arturo se encontraron en la fábrica de golosinas, rodeados de frascos desordenados y etiquetas caídas. Con una mirada de determinación, Richi dijo:

—Arturo, creo que es hora de reorganizar todo esto. Necesitamos marcar cada frasco según su uso y con colores para diferenciarlos. Sobre todo, poner el nombre correspondiente.

Arturo le habló con entusiasmo.

—¡Sí, es una gran idea, Richi! Si logramos poner todo en orden, también podremos preparar un nuevo y divertido producto para las familias de conejos, ardillas y aves.

Durante varios días, Richi y Arturo trabajaron sin descanso. Mientras etiquetaban los frascos y los organizaban, también pensaban en cómo enseñarles a los trabajadores sobre la seguridad en fábrica. Arturo sugirió:

—Podríamos organizar juegos y charlas para explicarles que algunos frascos contienen componentes que pueden causar malestares si no se manejan correctamente.

Richi estuvo de acuerdo.

—Me parece perfecto. De esa manera, podrán aprender de forma divertida y práctica qué hacer en caso de que se encuentren con algo desconocido.

Finalmente, con la fábrica organizada, Richi y Arturo convocaron a los trabajadores. A un gran espacio al aire libre, llegaron conejos, ardillas y aves junto con sus familias, para quienes prepararon una serie de espacios educativos y entretenidos. Mientras todos se reunían, Arturo les explicó:

—Queridos amigos, hoy vamos a aprender cómo manejar los frascos con componentes desconocidos de manera segura. Para ello, hemos preparado actividades didácticas, y así, entenderlo mejor.

Richi agregó con una sonrisa:

—Además, tendremos un montón de comida deliciosa y relatos interesantes para que aprendamos mientras nos divertimos.

Los niños y sus familias participaron en diferentes juegos, como una búsqueda del tesoro en la que tenían que identificar frascos con etiquetas correctas y colocar stickers de seguridad en ellos. También hubo charlas interactivas sobre los efectos de los líquidos desconocidos y cómo buscar ayuda en caso de accidente.

Arturo, con una voz amable, les explicó, sobre todo a los más pequeños:

—Si alguna vez tocan algo que les cause ardor en la piel o los ojos, deben enjuagarse con agua y pedir ayuda de inmediato. Si llegan a consumir algo por error, es importante decírselo a un adulto para que puedan recibir el cuidado adecuado.

Las pequeñas ardillas, que anteriormente habían causado el desorden en la fábrica al entrar sin permiso, se acercaron a sus padres y les pidieron perdón. Al final del día, todos estaban muy felices y agradecidos por la lección aprendida.

La vida en la fábrica de golosinas volvió a su ritmo alegre y vibrante. Richi y Arturo, agradecidos por el apoyo de la comunidad y el éxito de sus esfuerzos educativos, continuaron trabajando juntos con renovado entusiasmo. La fábrica, ahora organizada y segura, se convirtió en un lugar no solo de dulces deliciosos, sino también de aprendizaje y amistad.

Un día, mientras Richi y Arturo estaban en medio de una nueva tanda de producción, llegó una carta especial. Arturo la abrió con curiosidad y comenzó a leer en voz alta:

—Queridos, Richi y Arturo: nos complace invitarlos al Festival de la Dulzura, que se celebrará en la Plaza Central de Villa Alegría. Será una oportunidad para que muestren sus increíbles golosinas y para agradecerles por su dedicación a la seguridad y el bienestar de nuestra comunidad. Esperamos verlos allí.

Richi, orgulloso por el reconocimiento, comentó:

—¡El Festival de la Dulzura! Es una oportunidad perfecta para mostrar nuestras golosinas y compartir lo que hemos aprendido con más personas.

Arturo, exclamó con ilusión:

—Sí, y también podremos conocer a otros fabricantes de golosinas y aprender nuevas ideas para seguir mejorando.

Prepararon con esmero su *stand* para el festival. Decoraron el espacio con colores brillantes y llevaron una gran variedad de golosinas, incluyendo los populares masmelos mágicos. También prepararon folletos educativos y organizaron una pequeña demostración sobre cómo manejar sustancias y líquidos desconocidos de manera segura.



Ilustración: Lucía González Lizarazo

El día del festival, la Plaza Central estaba llena de actividades, música y risas. Los asistentes disfrutaron de una amplia gama de golosinas y participaron en juegos y concursos. Cuando Richi y Arturo llegaron a su stand, fueron recibidos con admiración.

—¡Bienvenidos, Richi y Arturo! —exclamó la directora del festival—. Estamos encantados de tenerlos aquí. Su puesto luce fantástico.

Richi y Arturo agradecieron la bienvenida y comenzaron a compartir sus golosinas con los visitantes. Mientras los niños y los adultos disfrutaban de las delicias, Arturo les hablaba sobre la seguridad en el manejo de frascos, sustancias y líquidos en las fábricas.

—Es importante recordar —decía Arturo— que siempre debemos leer las etiquetas y pedir ayuda si encontramos algo desconocido. Así, nos aseguramos de que todos estén seguros mientras disfrutan de nuestras golosinas.

Los visitantes, interesados en la información, hacían preguntas y participaban en juegos educativos organizados por los dos empresarios. Fue una oportunidad para que todos aprendieran de manera divertida y práctica.

Durante la tarde, el alcalde de Villa Alegría se acercó al stand de Richi y Arturo.

—Quiero felicitarlos por el excelente trabajo que han hecho —dijo el alcalde—. Su dedicación a la seguridad y al bienestar de nuestra comunidad es admirable. Como reconocimiento, me complace entregarles este premio especial.

El alcalde entregó un trofeo decorado con dulces y un certificado que decía: “Premio a la Innovación y la Seguridad en la Producción de Golosinas”.

Richi y Arturo recibieron el premio con humildad y gratitud.

—Gracias, alcalde —dijo Richi—. Este premio no solo es para nosotros, sino para aquellos que nos han apoyado y aprendido junto a nosotros.

Arturo añadió:

—Estamos agradecidos por esta oportunidad de contribuir a nuestra comunidad y de compartir lo que sabemos con otros.

Todos se reunieron para seguir celebrando. La música, los juegos y las golosinas continuaron. Richi y Arturo se sintieron felices al ver cómo sus esfuerzos impactaron positivamente a la comunidad.

Con el festival terminado y el premio en sus manos, Richi y Arturo regresaron a la fábrica, emocionados por las nuevas ideas y la inspiración que habían adquirido. Sabían que, con la ayuda de sus amigos y los miembros de la comunidad, podrían seguir mejorando y aprendiendo, haciendo de la fábrica un lugar aún mejor para todos.

Esa experiencia fortaleció aún más su compromiso con la seguridad y la educación. La fábrica de golosinas continuó siendo un lugar de alegría y aprendizaje, donde todos, grandes y pequeños, podían disfrutar de dulces deliciosos mientras recibían valiosas lecciones.

Y así, Richi y Arturo continuaron trabajando con pasión y empeño, sabiendo que su labor no solo ofrecía golosinas, sino también oportunidades para crecer juntos. La fábrica, llena de colores y sonrisas, siguió siendo un símbolo de amistad y bienestar en Villa Alegría.

Lo más importante de todo fue que aprendieron la lección de no hacer cosas sin autorización, ni conocimiento, y de ser cuidadosos con sustancias desconocidas. Así, todos los animalitos pudieron seguir disfrutando de sus amadas golosinas y ser muy felices por siempre.